Sobre Fernando Beltrán

Fernando Valverde

El poeta ovetense Fernando Beltrán (1956) ha recopilado toda su obra en el volumen *Donde nadie me llama*, publicado por la editorial madrileña Hiperión. Se trata de un recorrido cronológico a través de toda su poesía que comienza en 1980 y que en la fecha de finalización de la antología había cumplido tres décadas.

El volumen arranca con aquel *Aquelarre en Madrid*, aparecido en la colección Adonais en 1983, en el que ya se mostraba como un inconformista dispuesto a asumir riesgos literarios considerables con el objetivo de comunicar, de transmitir ideas al lector. De esa primera etapa, cabe destacar poemas como *Palabras* o *Amantes*. Este último, concluye con unos versos en los que se percibe el tono directo, por momentos descarado, que emplea su autor. «Déjame ser la imagen respirarme / traicionar el anónimo / perdóname esta estúpida manera de ser débil / pero dime / dime pronto tu nombre y en qué tiempo / puede herirme la acera de tus señas».

En 1984, Beltrán publicó su poemario *Ojos de agua*. Se trató de un libro tocado por la melancolía que todavía hoy tiene una importante vigencia. La presencia de la infancia del autor en aquellos poemas los dota de un universo especial. El primer poema del libro, titulado *Cárcel del tiempo*, es una de las señas de identidad de su poesía. «Confieso que el recuerdo es obligarse», comienza, a modo de fábula, como el que empieza a escribir dispuesto a rastrear en lo que queda del pasado, a hurgar en las heridas como un

---

Fernando Beltrán: *Donde nadie me llama (Poesía, 1980-2010).* Editorial Hiperión, Madrid, 2011.

visitante incómodo en la propia vida, en su propia casa. «Crecer es este álbum de sumar ausencias», dirá más adelante, en *Ojos de agua*, para explicar después que la memoria es un chaval con los daños crecidos y que donde ha cesado la lluvia pueden resucitar los mismos caracoles.

Después, la infancia se mezclará con la imagen del mar, un *Mar de mares*, hecho a medida, donde se hacía pie en los puntos más profundos, abismo de sus peces nunca ciertos. «Tuvimos que crecer para ensanchar el rumbo», asegura, para concluir con una afirmación dolorosa: «Desde el gris océano de sus charcos / los niños de aquel parque / no lo echaban de menos».

En 1991, Fernando Beltrán publica uno de sus libros más singulares, titulado *El gallo de Bagdad*. El libro parte de una anécdota que sirve de introducción y también como hilo conductor. Cuatro horas después de comenzar la Guerra del Golfo, el enviado especial de la cadena CNN informó que Bagdad era una ciudad tan surrealista que hasta podía escucharse cantar un gallo en medio de un ataque de aviación. Beltrán, estremecido tras el comienzo de las hostilidades, se acostó sin poder conciliar el sueño. Aquel gallo de Bagdad le inspiró unos poemas de urgencia que escribió durante los once primeros días de la contienda. «Cantó el gallo en mitad del bombardeo. / Como si no supiera / que esta guerra es un duelo entre dos dioses / y quisiera ser él el tercero en discordia. / Como si el muy necio intentara / convencerse a sí mismo / que a las cinco amanece / a pesar de los hombres».

De la guerra al amor. Tres años después, Fernando Beltrán dio a conocer sus últimos poemas en un poemario titulado *Amor ciego*. En él presenta un amor que puede resultar adolescente desde la perspectiva poética de un autor ya hecho, que no renuncia a la pasión más joven pero que logra contenerla en sus poemas. «No te conozco aún / y todavía te amo», comienza uno de los poemas, o «Dices que mi amor es ciego, / dale tu mano entonces / condúcelo hasta ti / y déjame tocar / tus pupilas de nieve, / quiero curar tu vista con mis dedos».

En 1996, Beltrán publica un libro íntimo, en el que se adentra en el dolor de forma directa y muestra algunos de sus poemas más desgarrados. Se trata de *Parque de Invierno*, que en 2001 fue

publicado en la colección *Maillot amarillo* de la Diputación de Granada. Se trata de un libro duro, en el que Beltrán renuncia casi por completo al tono discursivo y escribe unos poemas cortos, directos, que pretenden trazar el recorrido de un sentimiento, por lo general de tono trágico. «Ver al fondo / la muerte de mi padre. // Correr. // No poder alcanzarla». Así comienza el libro, de poemas sin título. «El que te hizo llorar / guarda silencio. // En sus ojos cerrados / cae la paz. // Son tus lágrimas».

En 1999 aparece uno de los libros fundamentales del poeta ovetense. Se trata de *La semana fantástica*, publicado también en la editorial Hiperión. Posiblemente se trate de su libro más ambicioso y en el que mejor puede verse su concepción de la poesía. El poeta es siempre un personaje que está en el lugar inadecuado en el momento inadecuado. Un inoportuno, una figura incómoda, reflexiva, que trata de adoptar el papel de los demás para reconstruir el suyo propio. En *Los otros, los demás, ellos*, el autor escribe: «El serbio que destruye un colegio soy yo, / el ruandés que mata a machetazos soy yo, / el terrorista que coloca la bomba soy yo / el hombre que dispara en un hiper de Texas soy yo»... El poema termina de forma ejemplar, con una sentencia que acompañará su poesía de forma inevitable hasta hoy. «El hombre capaz de lo mejor soy yo, / el hombre capaz de lo peor, / el hombre a secas, yo».

El volumen concluye con *El corazón no muere*, publicado en 2006, y con un último capítulo al que el autor ha llamado *Poemas rebeldes* y en el que recopila a su libre albedrío una serie de textos que no encontraron acomodo en ninguno de los poemarios anteriores. Se trata por tanto de una recopilación de inéditos en su mayoría.

«La poesía de Fernando Beltrán ve cumplido un ciclo en *Donde nadie me llama*, balance de su obra y, por tanto, de su vida. Esta casa es contigo podría haber sido también un buen título para este libro, pero es sobre todo una confirmación y una mirada hacia el futuro: la poesía es la casa que el poeta abre para la entrada cómplice –no necesariamente cómoda o complaciente– del lector, una casa prestada», escribe Leopoldo Sánchez Torre en el prólogo del libro. La poesía de Beltrán no se conforma con habilitar esa casa, con ofrecer una invitación a recorrer sus estan-

cias. Nos invita a construir una propia, a redecorar una de sus habitaciones, a no caer en el mimetismo y en el conformismo. Por eso su poesía es una llamada de atención, un aviso para navegantes, un toque contra la monotonía y la inercia